

***Fricción* y la literatura libérrima**

Eloy Urroz

EL POETA MEXICANO ELOY URROZ DESENTRAÑA LAS CLAVES DE SU ÚLTIMA NOVELA, *FRICCIÓN*, RECIÉN PUBLICADA POR LA EDITORIAL ALFAGUARA.

La lectura de algunas obras fundamentales de la literatura hispanoamericana me hacía (desde hacía tiempo ya) desear empecinadamente escribir una fricción anclada en esta misma tradición. Pero ¿cuál tradición exactamente? La de la literatura que llamo yo libérrima: Donoso (*El obsceno pájaro de la noche*), Fuentes (*Terra Nostra*), Pitol (*El desfile del amor*), Del Paso (*Palinuro de México*), Melo (*La obediencia nocturna*). Mis fricciones anteriores a *Fricción* siempre habían sido, de una u otra manera, textos profundamente contestatarios, incómodos y transgresores; jamás se abocaron o pretendieron responder preguntas, al contrario: intentaban denostar y cuestionarlo todo, en especial Civilización, Razón, Amor, Estado, Religión, Ley, Establishment, Tradición. Sin embargo y a pesar de todo, no eran, no habían sido, obras formalmente «libérrimas» (es decir, libérrimas no sólo en el tratamiento de los temas sino libérrimas en su *voluntad de forma*). Supongo que esto era debido a que, hasta ahora, no me había atrevido, o bien no sabía «del todo», cómo hacerlo, y, más importante aún, porque no sabía *si acaso* era en verdad factible conseguirlo sin dejar de hacer, por ello, literatura seria, la única que, a fin de cuentas, me ha interesado hacer. La iluminadora lectura de *Gargantúa y Pantagruel* hace cinco años, fue, al final, el detonante, el acicate, para osar escribir *Fricción*.

Si se mira bien, los autores latinoamericanos de los que hablé antes no son, en el fondo, sino herederos (a su muy peculiar manera) de la gran obra de Rabelais; todos ellos pertenecen, quié-

ranlo o no, a su misma estirpe. Si Cervantes es, entre otras muchas cosas, nuestro gran novelista lúdico, Rabelais es nuestro gran autor libérrimo. *Fricción* se pretende, pues, heredera de Rabelais y de Cervantes y a ambos desea rendir humilde homenaje. En *Fricción*, mi sexta novela, intenté ser, por primera ocasión, desmesurado y escatológico, carnavalesco y filosófico, hiperbólico y a veces (sólo a veces) fantástico. Pero ¿cómo hacerlo sin perder la cohesión, cómo conseguir un caos ordenado, o mejor, cómo lograr que en ese mismo vórtice hubiera, a pesar de todo, un orden y un rigor? La lectura de *El obscuro pájaro de la noche*, *Palinuro de México*, *La obediencia nocturna*, *El desfile del amor* y *Terra nostra*, entre otras, me abrió los ojos, me fortaleció en mi decisión. Leerlas era como encontrar bisnietos de Rabelais en mi propia lengua; todas estas fricciones eran, para mí, una suerte de Rabelais con un ingrediente inédito, con el *Quijote*, el *Tristram*, el *Ulises* y *El buen soldado Schwejk* a cuestas, imbricándose todas en una suerte de orgía o festín latinoamericano.

Una vez dicho lo anterior, cabe no obstante señalar que el verdadero origen de *Fricción* fue una imagen, una simple imagen, algo de lo que ya hablaba Lezama en *La expresión americana*. En este caso, la imagen central era la de Empédocles, el gran filósofo presocrático, tirándose al volcán Etna (s. V antes de Jesucristo), queriendo demostrar con ello a su amado pueblo siciliano que los semidioses (como él) consiguen reencarnar y que todos podemos asimismo (si nos sabemos transformar en semidioses) transmigrar, y no sólo en alma sino también en cuerpo. Esta imagen fue, poco a poco, acendrándose en mi espíritu (debía, por tanto, como suele sucederme, exorcizarla, tal y como hicieran Hölderlin y Brecht, Eliot y Gil-Albert, entre otros muchos que también fueron poseídos por el *daimon* empedócleo).

Acto seguido, pensé: ¿qué pasaría si Empédocles de Agrigento, adalid de la democracia de la llamada Magna Grecia, biólogo, precursor de la medicina, taumaturgo y cosmólogo, reencarnara veinticuatro siglos más tarde en un estadista mexicano de corte ecologista? Así nació, creo, el político Roberto Soto Gariglietti, personaje central de *Fricción*: mexicano culto, liberal, contestatario, revolucionario, anticlerical, feroz adalid de la democracia, antipríista, antipanista y antiperredista, heredero ideológico de

Pancho Villa y los llamados «perdedores» de la Revolución, campeón indisputable de los pobres y los indígenas, protector de los animales y del medio ambiente, pagano, ecléctico, heterodoxo e incomprensido, un tipo que, a fin de cuentas, se piensa Empédocles redivivo, un hombre que desea empecinadamente cambiar la faz agusanada de México. Y eso hice o eso intenté llevar a cabo en *Fricción*, lo que, desde cierto punto de vista, la hace, para mi total y genuino azoro, mi obra más declaradamente política...

Lo curioso sin embargo es que, poco a poco, fui también sumergiéndome en varios de los llamados presocráticos, un mundo fascinante que puede, no obstante, llevarte una vida entera estudiar. Así, para entender a Empédocles, debía leer antes a Parménides, su maestro (al que, por cierto, refuta en su teoría de la inmovilidad y monismo del cosmos), y a Zenón, y antes debía estudiar a Heráclito y a Jenofonte, y después de Empédocles debía comprender a Leucipo y Demócrito, los atomistas, con quienes tiende un puente fundamental para la historia de las ciencias, y así, en ese ir y venir, me pasé cuatro años de investigación filosófica necesarios para construir mi estrafalaria y rocambolesca novela, la cual, al final, no es, creo yo, sino un extraño juguete de fricción, un artefacto literario profundamente libérrimo donde aparecen de pronto Popper (quien escribiera uno de los más lúcidos y hermosos libros sobre Parménides), Pancho Villa, Sergio Pitol, Madmoiselle Bouile de Suif, Milan Kundera, Marcelo Chi-riboga (memorable personaje de Donoso), Yuri Mijáilovich Chernishevski (personaje de *No será la Tierra*, de Jorge Volpi), la bisnieta ecuatoriana del famoso gigante Gargantúa y muchos otros seres a quienes admiro y rindo homenaje en *Fricción*.

Mi intención última (o primera) era que el lector jugara conmigo, jugara con el libro como se juega con un juguete (de fricción), al punto de que Lector (en vivo y a todo color) pasa a ser el mejor amigo del narrador de la fricción, el profesor Eusebio Cardoso, probable *alter ego* del autor (yo). El procedimiento empleado aquí fue el de sustituir (de la manera más imperceptible que me fue posible) la primera persona del singular por la segunda persona cada vez que aparecía este sujeto llamado Lector, sí, con mayúscula... y así, tú, Lector, ves con tus propios ojos cómo tu viejo amigo, Arturo Soto, el pintor *agro*, se folla a tu hermosísima

esposa en su estudio de la Narvarte justo cuando estabas por cumplir tu primer año de aniversario, justo cuando vivías la cúspide de tu amor y tu pasión por Matilde. Tú, Lector, asistes, pasmado, a tu defenestración y al escarnio que implica la traición de esa ramera, esa puta, tu mujer, y todo porque ella argüía, te juraba, que debía ir a entrevistar a Arturo Soto, hijo del desaparecido estadista Roberto Soto Gariglietti, para concluir su tesis de maestría de ciencias políticas.

Una sola cosa te digo, caro Lector: atente a las consecuencias si te metes (obcecado y cándido) en ese juguete del demonio que se llama *Fricción* ©